

Palabras previas

A un hombre del pasado

*¿Estos son los tiempos futuros que temía
tu corazón ya marchitado bajo piedras,
qué puedes temer ahora tan adentro,
donde no llegan aflicciones ni palabras ásperas?*

*Descendiste dando un paseo; al final era
todo tan inevitable como lo demás.
Te giraste hacia el otro lado y desaparecieron
de tu vida los buenos y los malos momentos.*

*Tú aún tenías esa puerta a mano.
(Apuesto que la cruzaste con una desdeñosa venia.)
Ahora ya no es posible morir o,
por lo menos, ya no basta con cerrar los ojos.*

MANUEL ANTÓNIO PINA, de *Ningún sitio*

En el principio yo era de carne y estaba en la tierra. Así empezó todo. No pensaba en mí ni como niña ni como blanca ni como rica ni como pobre. No lo pensé porque no era necesario. Yo era de carne y estaba en la tierra.

Miraba, escuchaba a mi alrededor y, sin intención ni premeditación alguna, me formaba juicios intuitivos sobre el bien y el mal. Pensaba con el pecho, porque ese es el lugar del cuerpo con el que se piensa al principio y al final.

Sabía que era una pequeña persona de carne, y no un animal, porque a mí no me podían matar para comer. No era adulta. No tenía ganas de serlo.

Observaba el mundo en el que vivía, escuchaba las palabras, con hambre de comprender y entender. Lo observaba para aprender la mecánica de las personas. ¿Qué decían y hacían? ¿Por qué? ¿A qué le daban importancia?

No tenía con quién hablar sobre las cosas que me interpelaban, concretamente las que juntaban y separaban a un ser humano de otro. No existía ni ese lenguaje ni ese discurso. Nadie era capaz de explicármelo.

Por no haber comprendido. Ahí comenzó todo.

Es más fácil olvidar. Siempre.

La paradoja reside en el hecho de que solo se supera el impacto de una vivencia desenterrándola, revolviendo entre sus restos. El tiempo silencioso tan solo se abstiene de hacer ruido.

Es también más fácil construir lo que aceptamos recordar. Esa narración se vuelve realidad, la única en que creemos y que defendemos.

La Historia se enfrenta siempre a ese gran obstáculo, que deben superar los investigadores: el silencio sobre lo que se calló o se prefirió esconder a conciencia. Sobre lo que no es honroso. La basura se hace desaparecer, los cadáveres se emparedan y todo deja de existir. No vimos, no sabemos, nunca oímos hablar, no nos enteramos de nada.

Tras la publicación de *Cuaderno de memorias coloniales*, en 2009, muchos hijos y nietos de retornados me decían que sus familiares no hablaban de estos temas fuera de casa, e incluso en el ámbito doméstico, consideraban que eran asuntos delicados.

Mi perplejidad, antes y después del *Cuaderno*, sigue atrapada en el mismo punto de la «intriga poscolonial»: si todos vivimos lo mismo, en el mismo lugar y en la misma época, ¿cómo puede ser que yo haya visto y sentido lo que se les escapó a los otros? ¿Fue una elección mía, intencionada, el recordarlo?

Cuaderno de memorias coloniales relata la historia de una niña camino de la adolescencia que vivió esa etapa de su vida durante el periodo tumultuoso del final del Imperio colonial portugués. El escenario es la ciudad de Lourenço Marques, hoy Maputo, espacio en el cual se mueven los dos personajes enfrentados: padre e hija, símbolos de un poder viejo y otro nuevo; de un viejo mundo que llegó a su fin enfrentado a una nueva era que despunta y exige explicaciones. La guerra de los mundos en 1970.

Pero el *Cuaderno* trasciende las cuestiones sobre el poder colonial, racial, social y de género, transformándose, también, en una narración de amor filial turbulento e indestructible. Sigue el camino iniciático y sensual de la niña que descubre su cuerpo y los de los demás. Es una historia de pérdida, en la cual una muchacha —cuya trayectoria autónoma se adivina— siente y muestra la necesidad de desarrollar la máxima resistencia posible, de crecer deprisa, para garantizar la supervivencia, puesta a prueba al atravesar la realidad hostil de la colonización y de la descolonización, primero en Mozambique, después en Portugal, a donde la envían sola.

Estamos ante la construcción de una identidad nacio-

nal indefinida, desterritorializada, dentro del dominio de los exilios y destierros.

A lo largo de los capítulos del *Cuaderno* la niña trasladada a nuestro tiempo fragmentos de voces que resuenan desde otra época, como si un transistor pudiese viajar en el tiempo para emitir una polifonía de sonidos del pasado.

Dichas voces fueron recibidas unas veces mal y otras bien, dependiendo del receptor, como era de esperar. Este libro sobre la vida de la minoría blanca en Lourenço Marques generó polémica cuando se publicó en 2009, y no fue del agrado de un sector nostálgico de los retornados, incluso entre aquellos que vivieron hasta cierto punto la discriminación en sus propias carnes. Me refiero, por ejemplo, a los jefes mestizos de la administración colonial, originarios de la India y Goa, que en la colonia se beneficiaban de un estatuto superior, más «blanqueado». Toda esa gente, cortada por el mismo patrón del que salió mi padre —la política del Estado-Novo—,¹ pasó a formar parte del contingente de retornados que la metrópoli comenzó a recibir desde 1974, aunque su llegada se produjo sobre todo a partir de las independencias, en 1975 y 1976.

Las críticas que intentaron desacreditar al *Cuaderno* se fundamentaron en argumentos relacionados con mi

1. Así se denominó al régimen dictatorial encabezado por Salazar como primer ministro y que su sucesor, Caetano, prolongó. (*Todas las notas son del traductor.*)

tierna edad en el momento de los hechos y mi desconocimiento, mi extracción social, deducida del hecho de haber vivido en Alto Maé y Matola,² lugares poblados por blancos menos instruidos.

Nada de aquello me afectó y continuó viviendo en absoluta paz con lo que escribí.

La obra fue muy bien recibida por la crítica, el ámbito académico y los lectores en general. Alcanzó las cinco ediciones en Portugal y se lee y estudia en el mundo entero. Cambió mi vida, trayéndome amistades, experiencias y ratificaciones, a millares, además de llevarme a lugares donde nunca pensé que iría. De repente, comenzaron a abordarme de modo conmovedor desconocidos, como si de una catarsis colectiva se tratase. «Yo viví esto.» «Yo hice eso.» «Mis padres decían aquello.» «Yo sé perfectamente lo que sentí cuando...»

El *Cuaderno* tiene vida propia, quien lo lee lo reconoce, como si de repente se abriese una ventana y el viento trajese intacto el ambiente del pasado, descongelado, entero y auténtico, con sus ruidos, colores y olores; pero el *Cuaderno* también usa la ficción para contar la verdad, que es otra gran paradoja de la literatura. Puede esperarse que los hechos relatados correspondan a lo que fue presenciado, vivido y sentido, pero no que sean un relato literal exento de labor literaria.

En conferencias, mesas redondas y entrevistas me he

2. Los nombres de barrios y localidades, tanto de Mozambique como de Portugal, aparecen sin traducir y sin notas, contando con la facilidad actual para realizar una búsqueda de la ubicación.

visto enfrentada, en varias ocasiones, con un «deseo colectivo» más o menos consciente de circunscribirse a las acciones del personaje de mi padre con los negros, singularizándolo, encajándolo en un grupo de individuos con menor formación y de extracción social más baja, que no corresponden al estereotipo ya definido por el discurso vigente sobre la élite colonial de la provincia de Mozambique.

En torno a mi padre, persona responsable directa o indirectamente de mi formación, educación, de lo que soy y llegué a ser, y acaso precisamente por eso mismo, debo aclarar un aspecto que no puede ser ignorado en lo que respecta a cómo discurría la vida en la colonia.

Mientras mi padre negociaba con los negros para que las instalaciones eléctricas de las casas de los blancos, de primera y de segunda, estuviesen listas en tiempo y modo, estos aprovechaban los días australes de la Perla del Índico y dejaban una moneda como propina al negro de la Baixa que les lustraba los zapatos, uno de tantos, igual que a mi padre.

El trabajo del electricista en Matola y del campesino en Infulene eran fundamentales para que la ciudad funcionase, porque al blanco le resultaba desagradable ensuciarse las manos, ya que «la peste de los negros era hedionda».

Era muy conveniente, por eso, que mi padre se levantara de madrugada para arrancarlos de la choza o para ir a buscarlos a la carretera, porque alguien tenía que hacerlo y no iba a ser el blanco de primera, con sus manos de administrativo con las que recibía en el Banco

Nacional Ultramarino el rendimiento que generaba el trabajo del negro, para provecho de un sistema del que todos hipócritamente dependían, que sustentaban y con el cual pactaban, aceptando el orden de las cosas sin cuestionarlo.

Lo que ahí queda representado es un hombre de un tiempo, en su contexto, tan racista como los que eran racistas, y eran muchos, en la metrópoli y en ultramar.

Y como lo son, aún hoy, aquí. Retornados o no.

A lo largo de estos años he asumido la misión de proteger al personaje de mi padre de la fácil y tentadora demonización que sobre él puede proyectarse.

Pero me he dado cuenta de que estoy cansada de hacerlo. He comprendido que no puedo controlar todo lo que sobre él se dice y se seguirá diciendo. Mi padre existió y existe también el personaje. Me quedo con el primero.

El *Cuaderno* existe por él y para él. Es una de las lecciones que he aprendido, y esta obra es la carta que he querido dejarle.

Quiero creer que al mandarme a Portugal en 1975, al lugar donde nació y del que se fue con la intención de no regresar, mi padre delegó en esta tierra, para mí desconocida, la capacidad y el poder de salvarme.

Me queda amar con exigencia y desesperanza la tierra negra a la cual me confió.

En ella busco el mapa del tesoro que aquí dejó escondido y que un día encontraré.

Libros del Asteroide

Cuaderno de memorias coloniales

Libros del Asteroide

Cada vez que abría un cajón o metía la cabeza en uno de sus armarios, me sentía como un intruso, un ladrón saqueando los lugares secretos de la mente de un hombre. Tenía la sensación de que mi padre entraría en cualquier momento, me miraría con incredulidad y me preguntaría qué demonios estaba haciendo. No parecía justo que no pudiera protestar; yo no tenía derecho a invadir su vida privada.

PAUL AUSTER, *La invención de la soledad*

La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz.

[...]

Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no solo tienden a borrarse con los años, sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas.

PRIMO LEVI, *Los hundidos y los salvados*



Lourenço Marques, Alto Maé, 1960

Dijo alto, con voz fuerte y jovial, muy cerca de mi cabeza:

— ¡Hola!

Era un hola grande, impositivo, al cual me sería imposible no responder. Reconocí su voz, y aún en el sueño, pensé: no puedes ser tú; tú ya estás muerto.

Y abrí los ojos.

Manuel dejó su corazón en África. También conozco a quien dejó allí dos coches, un vehículo todoterreno y una camioneta, además de una furgoneta, dos casas, tres fincas y la cuenta en el Banco Nacional Ultramarino, ya convertida a meticales.³

¿Quién no fue dejando en cualquier sitio sus muchos corazones?

3. Moneda de curso legal en Mozambique.

Los blancos buscaban a las negras. Las negras eran todas iguales y ellos no distinguían a Madalena Xinguile de Emília Cachamba, a no ser por el color de la *capulana*⁴ o por la forma de la teta, pero los blancos se metían hasta el fondo de los chamizos, sabiendo adónde iban o no, buscando el coño de las negras. Eran unos aventureros. Incansables.

Las negras tenían el coño grande, decían las mujeres de los blancos, las tardes de los domingos, en la tertulia íntima bajo el enorme anacardo donde se reunían todas, con la barriga hinchada de los langostinos a la brasa, mientras los maridos salían a dar su vuelta de hombres y las dejaban para que desoxidaran la lengua, porque las mujeres necesitan soltar la lengua unas con otras.

4. La *capulana* es el término que designa en Mozambique el tipo de tela estampada con colores y formas vistosas que asociamos a la cultura negra africana. Consiste en una pieza de tela de un metro por dos que puede ser usada como pareo, falda, portabebés, etc., dependiendo de cómo se doble y disponga la prenda.

Las negras tenían el coño grande, pero ellas decían las partes bajas o las vergüenzas o el asunto. Las negras tenían el coño grande y esa era la explicación de que pariesen como lo hacían, agachadas, mirando al suelo, en cualquier sitio, como los animales. Su coño era grande. El de las blancas no, el suyo era estrecho, porque las blancas no eran unas perras fáciles, porque el coño sagrado de las blancas solo lo conocía el marido, y poco, y con dificultad; eran muy estrechas, por tanto muy serias, y convenía que unas tuviesen muy claro esto de las otras. Las blancas se limitaban al cumplimiento de sus obligaciones matrimoniales, siempre de modo sacrificado, por lo que la fornicación era dolorosa, y evitable, y por eso los blancos buscaban el coño de las negras. Las negras no eran serias, las negras tenían el coño grande, las negras gemían en voz alta, porque las perras disfrutaban con aquello. No valían nada.

Las blancas eran mujeres serias. ¿Qué amenaza constituía para ellas una negra? ¿Qué diferencia había entre una negra y una coneja? ¿Qué blanco reconocía los hijos de una negra? ¿Cómo era posible que una negra descalza, con la teta colgando, llegada de las chabolas y que apenas sabe decir sí, patrón, cierto, patrón, dinero, patrón, sin documentos de identidad, sin libreta de asimilada, pudiera probar que el patrón era el padre de la criatura? ¿Qué negra quería ganarse una paliza? ¿Cuántos mulatos conocían a su padre?

Los viejos entraban en las chabolas y pagaban con cerveza, tabaco o *capulana* por metros a la negra que les apeteciese. Por las buenas o por las malas. Después se

abrochaban la bragueta y se largaban a sus hogares intachables. ¿Cómo podría saber nadie de dónde eran y cómo se llamaban? Los blancos mantenían a la mujer en algún lugar en el centro de la ciudad o en la metrópoli. Y allí volvían.

Las incursiones sexuales en las barriadas de chabolas no ensombrecían su futuro, porque una negra no reclamaba una paternidad. Nadie le daría crédito alguno.

Pero, si así lo quería, un blanco podía casarse con una negra. Esta ascendería entonces socialmente y pasaría a ser aceptada, con reservas pero aceptada, porque era la mujer de Simões, y por respeto a Simões... Era algo frecuente en el caso de los cantineros y campesinos que vivían lejos de la ciudad, hombres situados en los márgenes de la sociedad colonial decente, que antes o después se asalvajaban.

Para una blanca, asumir la unión con un negro implicaba el destierro. Un hombre negro, por muy civilizado que fuese, nunca sería lo suficientemente civilizado.

Mi padre, ya después del 25 de Abril, de vuelta en Portugal, se rebelaba cuando veía a una blanca con un negro. Se quedaba mirando a la pareja como si viese al diablo.

Yo le decía, deja de mirar, ¿qué es lo que te interesa tanto? Me respondía que yo no sabía nada, que un negro nunca podría tratar bien a una blanca, como ella merecía. Era otra gente. Otra cultura. Unos perros. Ah, yo no entendía. Ah, yo no podía comprenderlo. Ah, yo era una comunista. ¿Cómo era posible que yo hubiera terminado siendo comunista?



Follar. A mi padre le gustaba follar. Yo nunca lo vi, pero era algo evidente. Cualquiera que observase bien a mi padre, los ojos sonriendo al mismo tiempo que la boca, la sensualidad viril de manos, brazos, pies, piernas, cualquiera que escuchase la maliciosa rapidez de sus respuestas, el sentido del humor permanente y lleno de dobles intenciones de ese gigante entendía que a aquel hombre le gustaba follar. Yo no lo sabía, pero lo sabía. Cuando mi padre me levantaba en el aire como si yo fuese un objeto más, o me llevaba a caballito, me sentía débil ante la fuerza absoluta, dominada, poseída por ella.

Yo no me di cuenta de eso del sexo hasta los siete años, o mejor dicho, de modo consciente nunca me di cuenta. No tenía la menor sospecha de cómo se llevaba a cabo la procreación. Incluso, siendo ya mucho mayor, seguía pensando que los niños nacían porque los hombres y las mujeres se casaban y, en un momento dado, Dios ponía a las mujeres «a esperar un bebé». No decía

«preñadas». No conocía esa palabra, y la primera vez que la dije mi madre me dio una bofetada para que aprendiese a no decir palabrotas.

La sexualidad de mi padre fue un asunto del que tomé conciencia, de modo muy tímido, después de los siete años. Me di cuenta de que en cierto momento de la noche mis padres cerraban la puerta del dormitorio y parecía que mi madre llorase. Una noche me levanté, llamé a la puerta y dije afligida «deja de hacerle eso a mamá». No sabía lo que hacían para que mi madre sufriese tanto, pero no quería que sucediera más, mucho menos a manos de mi padre, y entendía que, fuera lo que fuese, si era a puerta cerrada no podía ser sano.

Más tarde apareció un libro voluminoso debajo de la cama de mis padres. Era del doctor Fritz Khan y el título incluía la palabra «sexual». Cuando lo abrí, observé que contenía ilustraciones de hombres y mujeres desnudos con pelos y órganos sexuales visibles. Había muchas ilustraciones absolutamente vergonzosas que me abstengo de revelar. Leí el libro tumbada ocupando todo el ancho de la cama de mis padres, con la barbilla apoyada en el borde del colchón y los brazos colgando para pasar las páginas del libro, colocado en el suelo. Cuando escuchaba los pasos de mi madre deslizaba el volumen prohibido bajo la cama y fingía estar leyendo cualquier otro libro inofensivo. Lo tenía todo pensado, pero ellos se dieron cuenta, porque, en un momento dado, Fritz dejó de estar bajo la cama y me llevó algún esfuerzo encontrarlo escondido en el armario.

Sacar el libro del armario para volver a esconderlo representaba un riesgo mayor. Pero lo leí entero, pese a las dificultades — ¡mi madre tenía demasiado que hacer en el jardín! —, y me dejó la impresión de que el sexo era trabajoso y, llegado a cierto punto, una porquería, aunque albergaba interesantes posibilidades que merecían ser exploradas.

El mayor impacto que sufrí con la toma de conciencia de la sexualidad paterna sucedió el día en que, con mis ojos de diez años, lo vi codiciar a una chica que pasaba, y lanzar un piropo. Fue en la gasolinera que quedaba a la salida de Lourenço Marques, apenas pasado el cruce donde se tomaba la carretera de Matola. Estoy viéndolo fuera de la camioneta, con el brazo apoyado en la ventanilla, esperando su turno, que el negro viniera a echar la gasolina, y montar esa escenita. ¡Qué vergüenza! ¡Mi padre! ¡Qué vergüenza! Mi madre me dijo que sabía perfectamente cuando él andaba con otras. Pero hacía como que no se enteraba. Se callaba. ¡¿Qué otra opción tenía?!

Me contó que llegó a ir la policía a buscarlo a casa, para hablar con él sobre cierto asunto: tras haber ido a hacer una instalación en un domicilio particular, se había enredado con la señora de la casa, una mujer casada. Imagino la cara de mi madre y la del policía: «Mire, señora, queremos hacerle unas preguntas a su marido sobre una queja presentada contra él». Y también puedo verlo sonriente, seductor, ufano, lanzando indirectas a la señora, sola en casa. Puede que ella le diera cuerda y él avanzara con permiso, nunca se sabrá.

O peor, haberlo hecho sin permiso. Conociendo a mi padre me parece menos probable. A él le gustaban las mujeres, jugar con ellas mediante las picardías de la conversación, los sobrentendidos; disfrutaba con las estrategias de seducción, y la cosa debió comenzar por ahí. Quiero creer que debió de ser así.

Pero aquella vez la cosa salió mal.

Recuerdo las conversaciones escuchadas entre mujeres. Ellas creían que yo no tenía aún edad para entender, por eso hablaban abiertamente sobre lo que él hacía en los barrios indígenas antes de la llegada de mi madre, y de los herederos mulatos que había dejado allí antes de casarse. Sus escapadas a las chozas habían sido bastante frecuentes. Porque a mi padre, ya se ha dicho, le gustaba follarse; porque las esposas de los colonos, cuando se juntaban, hablaban de lo cabras locas que eran las negras y de la facilidad con la que se quedaban preñadas una vez tras otra, porque eran muy abiertas y también les gustaba... y aludían de modo subrepticio a lo que se comentaba que eran las características de los órganos sexuales de los negros y volvían al tema de que a las negras les encantaba hacer aquello... y toda esta conversación siempre me olió a chamusquina.

Una blanca nunca admitía que le gustase el sexo, aunque así fuese. Y no admitirlo era una garantía de seriedad para el marido, para toda la inmaculada sociedad. Las negras follaban, esas sí, con todos y con alguno más, con los negros y con los maridos de las blancas,

por una propina, seguramente por la comida, o por miedo. Y algunas tal vez disfrutaban y gemían, porque las negras eran animales y podían gritar. Pero, sobre todo, porque las negras se permitían a sí mismas gemir, abrir las piernas, relajarse.

Una blanca cumplía con su obligación.

Libros del Asteroide